

Marisa observa la luna con la cabeza apoyada en el vientre de su hermana Marina. Aunque el incesto era el tabú más extendido culturalmente, no le parecía ninguna atrocidad, y menos tratándose de mujeres libres.

Ni siquiera era lesbiana, aunque no le importaría.

Simplemente amaba a su hermana tanto como a sí misma y para ella aquel amor constituía su única religión.

Parecían idénticas, aunque sus vidas resultaban diametralmente opuestas.

Una había estudiado ingeniería y la otra filología.

Ella era la filóloga, lo cual significaba que estaba en paro, mientras su hermana tenía muchísimo trabajo.

Esa noche Modu las había colmado de placer.

Le llamaban el hombre-máquina y él se mostraba ufano.

Ellas preferían que luego se fuera a dormir a su casa porque, aunque era un cielo, les resultaba agotador no sólo físicamente, sino también porque debían hacer un gran esfuerzo para comprenderle.

Alguna vez ella se había ofrecido a darle clases de español, pero en realidad no estaba interesado más que en el sexo.

Sinceramente, lo que más les gustaba de él no era su físico, a pesar de esos músculos que parecían los de una escultura de ébano; sino su dulzura y sensibilidad.

Lástima que nunca pudieran tener ninguna conversación interesante.

Tampoco era el único hombre en sus vidas, ya que a veces salían con chicos separadamente y les gustaba intercambiárselos en secreto.

Suponía que para muchos aquello suponía una perversión, pero ellas lo consideraban un modo de protesta contra las injusticias sociales en un mundo donde hasta las relaciones íntimas debían estar estereotipadas y los cuerpos vigilados.

También les parecía que el sueño de la Europa del bienestar y la igualdad se estaba yendo al traste por culpa de una horrible mentalidad ambiciosa y egoísta que imperaba sobre la justicia y la equidad.

Ellas, desde niñas, sabían que nada hay mejor que la ecuanimidad.

Lo cierto es que todo podía compartirse con los demás y no por ello ser menos feliz, sino mucho más.

Amar es compartir y compartir es vivir, se decía convencida de ello.

Por eso hay tanta gente infeliz hoy en día, y no me extraña.

La verdad es que esta sociedad tan desarrollada lo que se ha vuelto es mezquina, tacaña, interesada y miserable.

Así no vamos a ningún lado, y tenemos que hacer algo ya.

Aprovechando que estoy en el paro, como miles y miles, millones de jóvenes de mi edad, me he vuelto realmente activa políticamente.

Desprecio profundamente a los dos partidos que luchan por el poder y que sólo lo emplean para su propio interés.

Supongo que debería existir muchísima más intervención de las personas en cuanto a la gestión de sus necesidades.

Casualmente, después de haberles propuesto a un par de amigas en el mes de marzo el promover una revuelta de estudiantes yendo a los institutos para concienciar a los más jóvenes de su difícilísima situación, ellos solitos se habían declarado en huelga, y con toda la razón.

¿Qué futuro les espera si la universidad se está convirtiendo en un instrumento más del mercantilismo reinante, y las catedrales del saber están a punto de ser dinamitadas por las ciegas leyes del mercado?, se pregunta realmente preocupada sin poder dormir una noche más a pesar de considerarse absolutamente dichosa.

Marisa se siente orgullosa de su labor social, ya que se había dedicado por su cuenta a dar a conocer el banco de tiempo del barrio, y una mujer que necesitaba urgentemente que alguien cuidara de su hijo la había llamado.

A pesar de que acababa de quedarse dormida, el hecho de que la tal María no hubiera dudado de su benevolencia a la hora de pedir ayuda, era lo que más le había gustado, porque significaba que ella también era capaz de ofrecerla.

La vida es así, siempre necesitamos el apoyo de los demás, mientras el dinero apenas soluciona más que la cuestión de la supervivencia, y para eso no en circunstancias adversas.

En cuanto alguien enfermaba de nada le servían las propiedades materiales, y entonces la gente se daba cuenta de que había perdido su tiempo, aunque en muchos casos era demasiado tarde.

Para ella la vida no era más que cuestión de tiempo y movimiento.

Había dos modos de vivirla, bien con autonomía y libertad, o bien inmovilizados y vendiendo nuestro tiempo vital a cambio de un sustento como en los tiempos más oscuros de la humanidad.

En el fondo le parecía que poca diferencia existía entre el feudalismo y el capitalismo, ya que ambos consistían en una servidumbre absoluta.

Básicamente la diferencia radicaba en que ahora los cuerpos de los esclavos se encontraban limpios y bien alimentados.

Pero los siervos de la gleba actuales no se conformaban con comer y ducharse, sino que la sociedad de consumo les obligaba a acicalarse de los pies a la cabeza, como si el hecho de parecer soberanos les convirtiera en uno de ellos.

La moda, por ejemplo, le parecía un arma más del dominio ejercido por el poder para subyugar a las masas.

Ella, que se vestía con la ropa que compraba en un puesto del rastro a un euro, sabía que se podía prescindir de ir a la última para vivir.

En cuanto a cremas, nunca le habían hecho falta ya que su piel era perfecta.

Ni siquiera había tenido acné durante la pubertad, aunque eso lo achacaba a que a los quince años había comenzado a hacer el amor con su profesor de latín, y quizá por eso su piel no había tenido la necesidad de sobreengrasarse para atraer sexualmente.

Las arrugas, otra gran fobia irracional de nuestro tiempo, le parecían hermosas.

Su apariencia, por cierto muy buena, no le preocupaba en absoluto porque vivía centrada en cuestiones ajenas a sí misma.

Sin duda la maldición del espejo mágico se trataba de una trampa que finalmente convertía a las personas en seres tan odiosos como la bruja del cuento.

Pero en la actualidad los príncipes se encontraban tan aletargados que las princesas se hacían viejas antes de que uno de ellos la hubiera besado con el ardor suficiente para liberarla de los pesares de la cenicienta moderna.

Así las bellas vagaban por un lado y los bestias por otro sin encontrarse, pues se habían vuelto ciegos para lo esencial.

Además mantenía que esta ceguera narcisista provocaba a nivel metafísico que el verbo parecer se encarnara en el ser haciéndolo perecer.

Y así se aniquilaban todas las cualidades humanas que entrañaban bondad, como el idealismo, el sacrificio, la dadivosidad o la abnegación; mientras la maldad en todas sus formas se adueñaba del género humano sin piedad.

En este caso, ya que nadie le pagaba por difundir la existencia de los bancos de tiempo, y ni siquiera lo registraba como una labor que pudiera ser recompensada mediante algún otro servicio, se siente como un caballero que acaba de enfrentarse a la vileza y adquirido un gramo más de nobleza para atesorarla en su corazón.

Marisa abraza dormida a su hermana, estrechándola contra su cuerpo y sintiendo su calor.

Aquel gesto tan habitual entre ellas era lo que le proporcionaba la fuerza para existir en el gran sentido de la palabra.

Amo ergo sum era su filosofía.

Por eso desde que había descubierto en Francia la obra de Tiquun se sentía parte de ellos.

Se trataba de un grupo de filósofos considerados como revolucionarios, y en realidad lo eran por preconizar el amor en tiempos de cólera.

Les había conocido cuando se encontraba en París en la primavera del 2006 investigando para su tesis sobre la obra de la escritora y feminista Hélène Cixous.

Para pagarse la estancia, cuidaba niños durante la hora de comedor y el recreo en un colegio para ricos de la rive droite.

Por unos cientos de euros, les ofrecía su cariño y cuidados del mismo modo que ella los había recibido durante su infancia, sin considerar que eso podría considerarse para ellos un privilegio más.

Nunca antes se había planteado el hecho de resultar tan dulce y bella, porque desde niña le había parecido normal.

Pero cuando le había tocado colocarse del lado de los jóvenes golpeados por la policía, había comenzado a considerar que a lo mejor no resultaba fortuito el hecho de que todos los marginados fueran tan feos y huraños.

Resulta que sus madres les habían destetado y abandonado nada más nacer para ir a trabajar a las casas de los burgueses que habitaban el corazón de la ciudad del amor.

Así había caído en la cuenta que ella misma, como toda mujer joven, recibía pingües honorarios a cambio de vender no sólo su tiempo, sino todo su ser.

Y es que estando de buen ver, una podía optar fácilmente a un trabajo, pues se convertía en la mercancía predilecta del burgués.

Incluso Godard había hecho lo mismo con sus mujeres, por mucho que al mismo tiempo se hubiera consagrado a criticar ese abuso.

Alphaville, una de sus películas favoritas, mostraba a la perfección que vivimos en una época imperial como la romana.

Tal como relataba Pascal Quignard, uno de los muchos autores a los que leía en francés, el sexo, desde la época de Augusto, se había convertido en un arma de guerra al servicio del poder.

Cristo, no por casualidad, había ofrecido sus doctrinas de libertad, igualdad y fraternidad con las mismas ansias de justicia social que Tiquun en pleno reinado de un emperador romano perverso, cruel y malvado.

Según las leyes morales del imperio, el amor amenazaba la estabilidad patriarcal ofrecida por el matrimonio como método reproductivo de los patricios.

A partir de entonces la libertad sexual y amorosa se encontraron proscritas.

Los esclavos se revelaron, como durante el comunismo, pero no consiguieron nada porque la iglesia católica romana, a través del matrimonio, transformó el cristianismo en un nuevo brazo armado del poder esclavista y bélico.

Todo eso lo había aprendido a través de sus lecturas y las conversaciones con Ángel.

Él, al igual que la primera mujer que llegó a convertirse ministra en el mundo, una anarquista republicana española, ofrecía auxilio a las mujeres que vendían su cuerpo y su alma para que los hombres saciaran su sed de mal.

Las prostitutas eran simplemente seres humanos sacrificados por el bien del capital.

Pero ese no era su caso, pues aún dormida se sabe amada, algo tan necesario para vivir como el agua o el pan.

Marisa, sonriente y feliz como de costumbre, acaba de despertarse.

Cada día suponía un regalo sorpresa, ya que siempre le sucedían cosas extraordinarias.

Esa mañana iría a cuidar al niño de una desconocida que le había llamado a las tres de la mañana.

Eran las nueve y había quedado en pasar por su casa a las doce, así que aún le quedaba mucho tiempo del que podía disfrutar.

Respiraba hondo como si se encontrara haciendo yoga, una de sus actividades favoritas.

Cerraba los ojos y escuchaba latir su corazón, sintiéndose tan viva y tan afortunada que tenía que morderse el labio inferior para reprimir un grito de felicidad.

Se imaginaba en un bello paisaje rodeada de verdor, tumbada sobre la hierba y viendo pasar nubes inmensas, como de algodón.

Extendía sus brazos notando como las fibras de sus músculos se estiraban hasta la punta de sus dedos.

Sentir su cuerpo así de intensamente cada mañana le parecía un placer exquisito.

Cuánto había gozado gracias a él, y lo que le quedaba.

Desde pequeñas, ella y su hermana habían ido a clases de baile.

Se podría decir que eran bailarinas, aunque como el ballet les parecía demasiado rígido, preferían la danza libre.

El pertenecer a una asociación por la libertad y la conciencia corporal, les permitía poder practicarla de vez en cuando.

Resultaba tan liberador...

La verdad es que le costaba comprender que tanta gente fuera capaz de soportar la rigidez física, y por lo tanto mental, de la vida cotidiana.

Aquella maravilla que le había sido donada por la naturaleza, su cuerpo, la única propiedad que poseía, le parecía un verdadero tesoro.

Y no tan sólo el suyo, sino también el de los demás.

La obesidad, por ejemplo, que tan mal vista estaba últimamente, no como en tiempos de Rubens, se trataba de un síntoma de sumisión, y eso siempre había estado bien considerado en la mujeres.

El problema radicaba en que las personas sumisas, debido al nivel de crueldad al que habíamos llegado, tenían que soportar toda clase de vejaciones.

Y tener que operarse, por ejemplo, le parecía una de ellas.

Lo cierto es que en Madrid no se vivía tan mal como en países aún más tradicionalmente capitalistas.

Pero suponía que lo peor estaba por llegar si no se hacía algo por resistir frente al enemigo, el imparable poder del dinero.

Cada año percibía como los pasos de los habitantes de la ciudad, esclavos del consumo, se aceleraban un poco más.

La raíz del mal psíquico se llamaba deseo insatisfecho, el cual generaba ansiedad.

Pero la sociedad, aún a sabiendas de que producía un gran malestar, lo potenciaba a través de los medios de comunicación de masas.

A ellos les interesaba, ya que se financiaban a través de la publicidad.

Pero la prueba de que no todo el mundo estaba corrompido era que miles de personas saldrían ese día a protestar contra las numerosas injusticias que estaban siendo cometidas en nombre de la democracia.

Ella misma, una verdadera indignada, gracias al valor que le infunde el compromiso, se siente feliz y sonríe como de costumbre.

Marisa prepara el desayuno para Marina con dulzura.

Su hermana trabajaba en CASA, Construcciones Aeronáuticas S. A., y siempre les gustaba bromear con eso, diciendo sólo las siglas para crear ambigüedad.

Ahora trabajar desde casa se había vuelto algo habitual, pero antes era sinónimo para muchos de no trabajar, como si las tareas del hogar no requirieran esfuerzo.

El reivindicar el trabajo de las amas de casa había sido una de sus primeras labores de compromiso social.

Cuando alguien decía que una mujer no trabajaba, le demandaba qué tareas realizaba diariamente en el hogar.

En muchos casos eran ellas mismas, aún con hijos y personas ancianas a su cargo, las que se conformaban con su injusta situación y reitaraban no haber trabajado jamás.

El mundo entero estaba lleno de mujeres esclavas, esclavizadas y esclavizadoras, pues ellas mismas se afanaban en convertir a sus hijas en víctimas de la guerra machista que se fraguaba desde hacía siglos.

Afortunadamente para ella, su madre no era así.

Se trataba de una mujer que había participado de las revueltas estudiantiles de los años sesenta contra la dictadura y conocía muy bien los mecanismos que utilizaba el poder para lograr la sumisión del pueblo.

Gracias a haber tenido a su lado a una feminista velando por su bienestar, había logrado desarrollarse sin traumas ni complejos.

En realidad las propias madres ignorantes y sumisas se convertían en el verdugo de sus hijas, a las cuales trataban de cortar por su mismo patrón, como si sus cuerpos les pertenecieran mientras ningún hombre lo reclamara como propiedad privada.

Mano de obra gratuita, eso era lo que realmente ofrecían todas y cada una de las hembras humanas.

Siempre corriendo, afanándose por lo que fuera con el fin de sentirse útiles y satisfacer a los demás.

La palabra era esclavitud, pero elevada al máximo exponente, puesto que el tráfico de mujeres destinadas a la prostitución, unos tres millones al año, equivalía al del comercio de esclavos africanos durante todo un siglo.

Daba igual de qué lugar del planeta se tratase, pues todos funcionaban exactamente igual.

A las niñas, desde muy pequeñas, se les ponía una escoba en la mano, mientras sus hermanos jugaban a la pelota.

De ahí venía el éxito mundial del fútbol.

La burla absoluta hacia las mujeres consistía en hacer creer a la gente que cualquier varón podría llegar a hacerse millonario dándole patadas a un balón.

Así las ventas de los jugadores alcanzaban cifras astronómicas y se hacían públicas con ese perverso objetivo.

Además el presidente del Real Madrid, un gran experto en la materia, había mostrado al país que los hombres también podían hacerse ricos sin trabajar comprando y vendiendo propiedades inmobiliarias, a condición de sobrevalorarlas.

Así se encontraba España, en la ruina, con los españoles rascándose la cabeza, preguntándose aún si es que había habido algún fallo en su sistema económico.

Pero el que se encontraba completamente errado era el social, y seguiría estándolo porque el resto de países europeos funcionaban exactamente igual; es decir, a base de violencia de género.

Si en Francia morían aún más mujeres víctimas de malos tratos que aquí, no quería ni imaginar lo que sucedía en Alemania.

Ahí radica el nazismo, se dice mientras remueve dulcemente el chocolate.

Marisa lee por enésima vez a Stéphane Hessel antes de salir de casa para acudir a la manifestación que comenzaría dentro de una hora en la Puerta de Sol.

Hacía una tarde estupenda.

Se lo había pasado de maravilla con Miguel, el niño con el que había ido a cuidar un ratito a una pareja de ancianos para que su madre pudiera yacer junto a su amado.

¡Qué historia tan bonita!

¡Y cuánto se parecía a la de su propio origen!

Ahora comprendía cómo era posible que María fuera tan bella, y su rostro desprendiera luz aún trabajando horas y horas de camarera.

Ella sola había sacado a su hijo adelante sin pedir cuentas a nadie más que al amor que lo había engendrado.

El día más trágico recordado, doscientos muertos y casi dos mil heridos, y María siendo visitada por el ángel Gabriel quizás en ese mismo instante.

Parecía profético.

Miguel era un cielo.

Se había ofrecido ayudarlo a cocinar, y juntos habían preparado primero un succulento plato vegetariano, y luego una tarta de fresa para su santa madre.

Él estaba entusiasmado.

Hacer un bizcocho le había parecido algo mágico, y en realidad lo era, además de gratificante.

Su abuela elaboraba pasteles exquisitos con una alegría asombrosa cada vez que venía del pueblo a visitar a su madre.

Era una mujer muy especial, de esas con un corazón enorme nacidas para cuidar de manera espontánea a los demás.

Su madre, sin embargo, prefería dedicarse a las labores intelectuales, y además había tenido la gran suerte de poder hacerlo.

Había gozado de esa libertad dado que la abuela había respetado siempre todas las decisiones de su hija, como la de procrear sin casarse.

¿Y todo gracias a qué?

Pues a que nunca, ninguna de ellas, había dependido de ningún hombre.

A su abuelo, por lo visto, lo habían matado en la guerra, y su abuela, trabajando solita, había sacado adelante a su hija y le había pagado los estudios.

Eso no había quitado el que su madre hubiera tenido muchos amantes, lo mismo que ella, y quizás también que su abuela.

Lo que tenía clarísimo era que nunca podría soportar el encontrarse bajo el yugo del matrimonio, como una vaca.

El amor verdadero, con mayúsculas, esa experiencia trascendental y mística, sí deseaba vivirla, y sólo en ese caso excepcional tendría un hijo.

Pero traer al mundo niños fruto de relaciones vacuas, frívolas e interesadas, equivalía para ella a sembrar la semilla del mal, que por desgracia abundaba demasiado en nuestra especie.

Su madre, al parecer, también se encontraba plenamente enamorada del hombre con el que había engendrado a sus adoradas gemelas.

Ellas no le habían conocido, pero el simple hecho de imaginárselos enamorados antes de que nacieran, les servía para sentirse el fruto de una pareja feliz y albergar la esperanza de llegar a enamorarse.

Porque el sexo, ya no sin amor, que era algo habitual, sino con odio, sin ternura, representaba un acto de violencia extrema al que la humanidad estaba habituada.

Por eso piensa, mientras lee, que la no violencia de la que habla Hessel sólo podrá lograrse el día que todos seamos el fruto del amor.



Marisa charla con un grupo de personas sobre un tema que realmente le interesa y le preocupa, considerándolo de vital importancia para el triunfo de la verdadera democracia.

No se trataba de feminismo, sino de igualitarismo sexual.

Justo antes de salir de casa había reparado en que al final del libro de Hessel se hablaba de su primera mujer como la madre de sus hijos, y se precisaba que eran dos niños y una niña.

La verdad es que algo tan banal, le había dado que pensar.

Su mujer...

El posesivo, le había irritado, principalmente porque se repetía.

¿Es que para los varones era algo tan importante garantizar su paternidad?

Pues sí.

Al menos su propio padre no había sido uno de esos.

Quizás tenía ya otra familia, porque los hombres son incapaces de prescindir de una mujer, y lo peor es que jamás estarán dispuestos a admitirlo.

Primero dependen de su madre, luego de su esposa, y finalmente de su hija, o a falta de ella, de una hermana.

Todos fueron y serán así.

La santísima trinidad moderna, Marx, Freud y Nietzsche, no se diferenciaron en absoluto de los demás.

El genial Einstein también vivió siempre bajo las faldas de alguna mujer.

Y su primera esposa, Mileva Maric, no sólo se encargaba de las tareas domésticas aún habiendo realizado ambos los mismos estudios, sino que también le ayudaba con la física.

Si eso no está mal, apoyarse mutuamente es la clave para triunfar, pero no querer reconocerlo es una verdadera canallada.

La verdad es que no hay obra maestra humana en la que una mujer no haya tomado parte, porque la humanidad sólo crea mediante la conjunción del ying y el yang, lo masculino y lo femenino.

El problema radica en negarse a reconocerlo.

Así los varones, guardándose ese as en la manga como vulgares fulleros, han traicionado a la mitad de la especie humana durante siglos y siglos.

Qué les costaría ser justos y hablar abiertamente de la participación de sus colegas, amigas y colaboradoras con naturalidad.

Lograr esa equanimidad, supondría una revisión de toda la historia humana, pero merecería la pena.

Si realmente se pretende lograr algún día la igualdad de las personas, habría que comenzar por ahí.

Y el primer paso para dejar de obviar a través del lenguaje a la mitad de la humanidad, sería comenzar a emplear el sustantivo persona, con lo cual los plurales de los adjetivos serían siempre femeninos.

Eso acababa de proponérselo a las personas que le rodeaban, que parecían convencidas de la trascendencia de dicho cambio en cuanto a igualdad política.

Si en la teoría era así, también podría llegar a convertirse en una práctica común.

Estaba claro que costaba arrancar, pero tampoco era tan difícil hablar en femenino, y algo tan simple podría representar una nueva ley revolucionaria.

Para ella estaba claro que en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de la que Hessel tanto se enorgullecía, subyacía la incesante labor, el trabajo y la acción política de Eleonor Roosevelt.

Y mantiene que ella había influido más positivamente en la historia que Marx.

Marisa se siente una revolucionaria y una especie de salvadora de la humanidad. Resulta que todo saldrá desde el principio tal como ella lo había imaginado, o incluso podría decirse que mucho mejor.

Se entrevistará sin cesar con miembros de asociaciones y conocerá a todos los que integran la plataforma ¡Democracia Real, ya!

Participará en prácticamente todas las comisiones, y aprenderá mucho más que si hubiera pasado años estudiando en las más prestigiosas universidades del mundo.

Con el tiempo, de tanto asistir a asambleas, llegará a convertirse en una maestra en economía, tecnología, educación, medio ambiente, trabajo social, y todas las áreas de conocimiento que afectan a la vida de las personas.

Lo cierto es que su indignación irá por el lado del feminismo, porque creará que en todos los ámbitos de la vida ese tema tiene una enorme repercusión.

Mostrará reiteradamente el ejemplo de Islandia como la única salida a una crisis que procede del exceso de testosterona de aquellos que juegan con el dinero y el futuro de la humanidad a la ruleta.

Su lema de que la población se volvería participativa si se la dejara, saldrá adelante gracias al esfuerzo de muchísimas personas, y Mónica también se implicará enormemente en ello.

Incluso muchos profesores universitarios, comprobando que están llevando a cabo importantes labores de investigación, saldrán de sus aulas para participar del conocimiento, que ya nunca más será propiedad de unos pocos.

Aunque habría que decir pocas, y esa será una lección que la mayoría tardará aún muchos años en aprender.

Claro que no todo el mundo estará interesado en poner en práctica el saber en beneficio de todos.

Pero serán muchos los que se mantengan activos políticamente a partir de ese 15 de mayo, y gracias a ellos se mejorará la política española a largo plazo.

Pero tendrán que aparecer problemas reales y muy graves para que los afectados acudan a los grupos de trabajo que llevaban años ofreciendo soluciones.

Por ejemplo, cuando el personal sanitario pierda sus derechos y deje de cumplir sus deberes en la guerra contra la administración pública por la privatización del sector, desde los barrios hasta el conjunto de la nación se irán promoviendo campañas de cuidados a personas enfermas sin necesidad de acudir a los hospitales.

Y es que muchos de ellos se cerrarán al público, aún habiendo pertenecido al Estado incluso antes de la democracia, para atender tan sólo a pacientes privados a cambio de cuantiosas sumas de dinero.

Pero tras décadas de inacción por parte de la mayoría de la población, aún siendo afectados directamente por el paro, los desahucios, la falta de atención sanitaria y la rebaja en las pensiones, al final logrará modificarse la Ley de Partidos.

Así la mayoría de los votantes de los dos partidos que llevaban años disputándose vergonzosamente el poder pasarán al Partido Democracia Real.

Entonces, ya con todo el pelo blanco, y tras muchísimos años de activismo político, se presentará a las elecciones, y ocupará un escaño que le servirá para decretar, en nombre de la Constitución, la igualdad sexual adoptando el género femenino para los plurales relativos a las personas.

Eso llevará a cambiar el vocabulario en todos los documentos públicos, y costará un enorme esfuerzo, pero para ella representará el primer paso para lograr la igualdad, la libertad y la fraternidad entre los sexos, creados para permanecer unidos también por el lenguaje.

Y al lograrlo se siente una revolucionaria salvadora de la humanidad.